

Otra vez, en la isla de Elba, preguntó Napoleón á un hombre de Piombino por lo que su hermana Elisa había hecho en bien ó en mal mientras gobernó el principado, á lo que el hombre respondió sin inmutarse: «Pues hacía el amor.» Fué preciso que el Emperador le atajara la palabra para que no dijese más.

El comandante Gottmann, el mismo que por orden del Emperador fué á Pianosa para instalarse con su familia en una cueva, regresó á la isla para protestar contra semejante alojamiento y contra la insubordinación del teniente Larabit, y al efecto se plantó ante el propio Napoleón vociferando como un energúmeno, hasta que el general Bertrand le amenazó con detenerle.

Taillade, comandante del *Inconstant*, discutía con el Emperador una cuestión de matemáticas que á éste último le parecía difícil, cuando de pronto le arrebató aquél la nota de entre manos diciendo: «¡Pero si no hay nada más sencillo! Un niño lo entendería.»

El general Dalesme, ex gobernador de Porto-Ferrajo, un valiente que se hubiera dejado matar por el Emperador, mas para quien era blanco lo blanco, daba su opinión con tal rudeza que valía más prescindir de sus consejos.

En Río-Marina, un vigoroso y gallardo sargento, al notar que el Emperador, ya metido en carnes, vacilaba al montar á caballo, le cogió por la cintura y le empujó en el aire hasta ponerle en la silla, á pesar de la inútil resistencia del Emperador, que hubo de someterse á la ley de la fuerza. Pocos días después el autor de la hazaña recibía las charreteras de subteniente, para que no pudiera decirse que un zopenco se había atrevido desenfadadamente con la majestad imperial.

El día de San Cristino, patrón de Porto-Ferrajo, dió Pons un banquete en honor de la Guardia, y á los postres brindó por «la libertad, sol del universo.» El mismo Pons tenía en su escritorio un ejemplar del *Telémaco*, de Fenelón, con los siguientes pasajes subrayados de lápiz negro: «El rey ha de ser menos fastuoso y altanero que nadie... Mino amaba más á su pueblo que á su familia... Hube de contentarme con poseer, en compañía de unos cuantos soldados y amigos que quisieron compartir mi infortunio, esta tierra silvestre, y tenerla por patria, sin esperanza de jamás ver el suelo dichoso en donde los dioses pusieron mi cuna para elevarme al trono. Así caerán los reyes

que desenfrenadamente se entregan á sus pasiones y al consejo de los aduladores.» En otra ocasión presentaron al Emperador á la hija menor de Pons, imbuída de severas máximas republicanas, y como su madre le preguntara luego si estaba contenta de haber visto al grande hombre, respondió: «Sí, mamá; pero me parece que le he saludado demasiado, y lo siento.» El padre transmitió la respuesta al Emperador, movido de irreflexiva admiración por la precocidad intelectual de la niña.

El Emperador ordenó al rígido administrador de las minas que le entregara los 229.000 francos de atrasos anteriores á la toma de posesión de la isla, pero Pons se negó á obedecer, porque opinaba que aquel dinero pertenecía al gobierno francés, y «nunca obraba contra su conciencia.» La negativa suscitó enojosas discusiones, que duraron dos meses. Por fin, el Emperador, que se envanecía de que nadie le hubiese dicho que no, fué en persona á Río para escuchar de labios de Pons la mortificante negativa, de modo que no pudo por menos de exclamar con voz de trueno: «¡Todavía soy el Emperador!» Pero tuvo que marcharse sin lograr nada. Más tarde despachó Napoleón al tesorero Peyrusse, con encargo de conminar á Pons con enviarle los granaderos si no cedía. Pons respondió «que ni trescientas mil bayonetas le forzarían á entregar el dinero», y que «si iban los granaderos, los echaría por la ventana.» Pons no quiso ceder hasta que hubo puesto el caso en conocimiento del gobierno de París, en descargo de su conciencia (1).

El Emperador fingía no atender á estas mofas, unas inconscientes y otras adrede provocadas; pero, sin embargo, eran amargas afrentas que como alfilerazos le entraban carne adentro, recordándole la fragilidad de su soberanía.

* * *

Cuando el Emperador adquirió la propiedad de San Martino sólo había allí una casucha medio arruinada, para habitación del colono, y

(1) PEYRUSSE, p. 241; PONS DE L'H, p. 85 y 109; CAMPBELL, p. 109.

una bodega. Fué preciso hacerlo todo, y el único sendero interceptado, de peldaños rocosos, dificultaba en extremo los trabajos, aunque á los veinte albañiles se agregaron veinticuatro granaderos, para apresurar las obras y abrir un camino de transporte. Por economía y para no comprar en el continente las tejas y ladrillos, mandó construir el Emperador un horno ladrillero, lo cual requirió proyectos y ensayos con el consiguiente retraso.

Arreciaron los calores en Porto-Ferraio á fines de Julio, y el Emperador sintióse molesto, de modo que en cuanto estuvieron habitables tres aposentos se trasladó á San Martino, con un ayudante y un criado; pero muy luego advirtió que también allí se ahogaba. El aire no corría en aquel círculo de montañas, que reverberaban los ardores del sol. Faltaba sombra, por haberse casi marchito los árboles recién plantados. El Emperador solía sentarse abrumado de calor al borde de una pedregosa fuente, que aun hoy se enseña, y de la que bebía en taza de cuero. Entonces echó de ver que San Martino podía servir de encantadora residencia de otoño á primavera, pero que no había más remedio que buscar otro sitio de veraneo, y en consecuencia pensó en Marciana Alta y el monte Giove, cuya sublime cumbre, que domina la inmensidad, había ofrecido á su estremecida admiración un espectáculo incomparablemente á propósito para edificar allí el maravilloso palacio que su imaginación construyera en la cima de Volterrajo. Pero tampoco allí era realizable aquel sueño.

Contentóse Napoleón con mucho menos, y mandó armar su tienda de campaña junto á la ermita de la Virgen, «como los reyes de la antigüedad alzaban su errante trono». Ocupó además la casita del ermitaño, que se fué á vivir en la cuadra. Dos ordenanzas y algunos ayudas de cámara, que constituyeron toda su escolta y se afeitaban en la capilla, armaron dos ó tres tiendas más á la sombra de los castaños (1). La madre del Emperador se instaló en Marciana Alta con su mayordomo, el administrador, dos camaristas, dos doncellas, el cocinero y cuatro criados.

El Emperador, á imitación también de los reyes primitivos, atendía á todos los pormenores domésticos. Así escribía el 23 de Agosto

(1) FORESI: *Napoleón en la isla de Elba*, p. 64.

al mayordomo mayor de palacio: «Faltan los postigos en dos ventanas de mi cuarto. La otra los tiene. Cuidad de mandármelos mañana. Mandadme también dos linternas para la puerta de la tienda y un farol. He traído tres camas de hierro, con orden de llevar una á Marciana para mi señora madre, que estará bien aposentada en casa del adjunto y podrá venir el jueves. Dispondrá de un cuarto para ella y tres para la servidumbre. En dicha casa hay los muebles indispensables, pero añadiré una cómoda. También creo que hay bastante batería de cocina, bujías y lamparillas. Enviadme tres cortinas para su cuarto. Las varillas están. Enviadnos carbón, palas y tenazas, porque con razón dicen aquí que por la noche es preciso encender lumbre.»

Al día siguiente de su llegada á la ermita, escribía el Emperador á Bertrand: «No pienso estar aquí más allá de cuatro ó cinco días.» Sin embargo, estuvo cerca de quince, pues no salió de la ermita hasta el 4 ó 5 de Septiembre, empujado por los sucesos que vamos á referir. El fascinador hechizo del monte Giove le retenía seguramente (como también una visita que esperaba) y aquella abrupta aldea de Marciana le recordaba la nativa tierra de Córcega. Igual atracción ejercía aquel paraje en el ánimo de Leticia.

Eran las mismas caras montaraces, la embriaguez del aire libre en sus puras cumbres, los mismos perfumes boscanos, que, en una y en otro, despertaban el recuerdo de tiempos pasados. Desde la roca labrada en que solía sentarse, con los pies apoyados en la maleza y la escopeta de caza entre las rodillas, no tan sólo aspiraba aquel perfume por el que, como después dijo en Santa Elena, hubiera reconocido á ciegas la Córcega, sino que la veía dibujada en el horizonte al centelleo del sol poniente. ¡Qué secreta emoción debió sentir y cuán estrecho nudo en la garganta al contemplar la tierra nativa, bañada por las olas á la puesta del sol, que simbolizaba el ocaso de su estrella! Elba y Córcega eran los dos puntos extremos de su gloria. Allí no



La casa de la madre de Napoleón en Marciana Alta.

había nacido todavía. Aquí empezaba á morir. Toda su vida se extendía entre aquellas dos cumbres: la en que estaba sentado y la que en lontananza veía.

Allá lejos, en Corte, estaba la vieja casa de Gaffori, acribillada de balazos genoveses y siempre inexpugnable, en donde su madre, casada á los catorce años y célebre en la isla entera por su hermosura, vivía en vísperas de concebirle, durante la última guerra de la independencia corsa. Allá estaban los valles y llanuras de Nebbio, que su madre había atravesado á caballo, estando encinta de él, para pelear junto á su marido. En el claustro materno había ya aspirado el olor de la pólvora y oído silbar las balas. Allá quedaba el recuerdo de la casa solariega de Ajaccio, saqueada é incendiada por familias enemigas cuando la suya se adhirió á la causa francesa. Allá estaba Jacobita, su primer amor de los ocho años, y Paulina, su traviesa hermana menor, con la que alegremente jugaba. Allá su tío el arcipreste Luciano, con su abrigo de pelo de cabra, que vigilaba en la montaña los numerosos rebaños, increpando á los pastores que les permitían pacer los renuevos del bosque con peligro de segura devastación. Recordaba su marcha á Brienne, la vuelta con uniforme de subteniente de artillería y la segunda marcha hacia la gloria y el trono imperial.

Todo este pasado reaparecía ante su vista en la cumbre del monte Giove, á solas con su madre, en cuyas mudas miradas debía de leer los mismos pensamientos, reprimidos por la inquebrantable energía y la austera ternura del único ser que le guardaba fidelidad. La noticia de la muerte de Josefina, cuyos ojos cerraron manos ajenas, llegó á los Molinos y arrancó gemidos de su pecho. De su segunda mujer, la emperatriz María Luisa, no sabía nada (1).

* * *

En efecto, María Luisa no llegaba. Inútilmente la esperaban sus habitaciones de Porto-Ferrajo. En vano las palomas del techo de San Martino empezaban á desplegar, bajo el pincel del pintor, su banderita amorosa, cuyo símbolo era cada día más irónico.

(1) PONS DE L'H., p. 206, y *Memoria á las potencias aliadas*, p. 36 y 37. — Josefina había muerto en la Malmaison, el 29 de Mayo.

El Emperador no disimulaba su irritado pesar, pues, aunque á su manera, amaba sin duda á María Luisa (1), primero por deber, porque se había casado con ella, y todo en él, incluso el corazón, estaba sujeto á regla; después, por su juventud de niña tímida, á quien había iniciado en la vida, deslumbrándola además con las joyas de que la cubriera; y finalmente, porque su orgullo estaba satisfecho de aquel amor que había mezclado su sangre de soldado de fortuna con verdadera sangre imperial. Pero á la sazón en que en la isla de Elba estaba desterrado y solo, se concentraba en sí mismo, durante las largas horas de aquel forzado reposo impuesto á su insaciable actividad, y todos aquellos sentimientos se resumían en la necesidad de tener junto á sí á su mujer, es decir, lo que constituye el hogar, por muy Emperador que se sea, una caricia distinta de la de su madre, una compañía más íntima de los latidos de su pecho, si no de las vibraciones de su pensamiento, que jamás María Luisa fué capaz de comprender, y que por otra parte no descubría él á nadie.



La capilla de la Virgen.

Cuando la estipulación del Tratado, intentó Napoleón obtener para María Luisa la Toscana, ó por lo menos la anexión á Parma y Plasencia de los territorios de Luca y Piombino, á fin de que sus dos asilos estuviesen vecinos y que sólo les separase el estrecho. Las potencias aliadas se negaron, no tanto para alejarle de María Luisa, según deseo de Austria, sino para que del derecho de visitar á su mujer no se derivara el de ir sin cesar al continente.

Desde la abdicación acariciaron las potencias la idea de separar de su esposo á la Emperatriz. El 10 de Abril, Meneval, secretario de María Luisa, interrogado por el Emperador, le respondió manifestando el temor de que «la Emperatriz no fuese libre de seguirle, á

(1) Aparte de sus relaciones con la condesa Walewska, que no interrumpieron su matrimonio con María Luisa, dice Constant que á los pocos meses de este enlace recibió en sus habitaciones de Saint-Cloud á una jovencita morena, de 17 años, hijastra de un jefe de escuadrón, que residía en Bourg-la-Reine. (CONSTANT, VI, p. 94.)